

MIGUEL VITAGLIANO

EL JUEGO DE LA FUGA



edhasa

“...el juego que el hombre juega con
su propio símbolo y así, simbolizando —lo
único posible— escapar a la angustia de la soledad,
el bello engaño de sí mismo repetido de
nuevo y de nuevo, la fuga hacia la belleza,
el juego de la fuga”

La muerte de Virgilio (1945), Hermann Broch

1

Una casa frente a los olivos

1

La lancha se detuvo en el centro del triángulo que formaban las tres boyas de salvamento, réplicas perfectas de las *Rettungsboje* de la Segunda Guerra, y de inmediato los quince participantes se lanzaron al mar. Debían nadar veinticinco metros hasta alguna de las boyas y tomar posición en su cubierta hexagonal; solo había lugar para cuatro náufragos en cada una. Empezaba el *reality* de *Los Nuevos Robinson*. Los equipos iban a competir entre sí durante seis semanas en la bahía de la Isla Robinson Crusoe, al sur del Pacífico, a poco más de seiscientos kilómetros de Valparaíso; el premio eran treinta mil euros o su equivalente en pesos chilenos. Desde unos drones las cámaras seguían la carrera de los participantes, indiferenciados en sus trajes de neopreno. Planos cortos de sus brazadas en las olas. No se notaron ventajas entre ellos hasta que una toma en picado hizo evidentes las diferencias: unos habían cambiado el rumbo a mitad de camino al advertir que eran varios en dirección a una misma boya. Las voces en off de una locutora chilena y un locutor español relataban en contrapunto los pormenores de la contienda. En cada *Rettungsboje*, comentaron, los Robinson encontrarían ropa seca, agua potable y algo de comida para convivir en

un espacio de cuatro metros con tres cámaras registrando sus comportamientos las veinticuatro horas.

A medida que llegaban a cubierta, los Robinson permanecían de pie con los brazos en alto junto a la torre de la boya. El reglamento indicaba que debían estar quietos hasta que se completaran los equipos.

Esa es Cobita, el tercero de la boya dos, dijo Michele señalando la pantalla de la vieja *laptop* de la madre, entre una pegatina de anotaciones sobre los perjuicios ocasionados por el 5G.

No sé cómo podés reconocerla, dijo Bella. Yo ni distingo a varones y mujeres. Debe ser el amor.

Mamma, yo ya vi los cuatro programas que te traje, contestó. Era cierto, pero no la verdad completa; había reconocido a Cobita de solo verla con las manos en alto, le faltaban tres dedos en la mano derecha, solo tenía el índice y el pulgar. La imagen de su mano al aire tomaba la forma de una L o de un revólver; Cobita, sin duda, disfrutaba con la provocación de esa ambigüedad. Bella vio la inicial de Libertad.

En las boyas apenas había espacio para cuatro cuchetas, un anafe y una mesa rebatible. Adosada a la torre con la escotilla, los productores del *reality* habían dispuesto un cubículo íntimo: espacio para un baño químico y una cuarta cámara que los Robinson debían activar para grabar lo que llamaban Bitácora, un diario íntimo de su experiencia a bordo.

Un paneo de las boyas mostró los equipos formados y los abrazos que se repartían. Cobita era la única mujer en la boya 2, en la boya 1 había paridad de mujeres y varones, en la boya 3 una mayoría de mujeres. ¿Una distribución casual? Michele pasó por alto la suspicacia de la madre, y apretó los dientes para no recordarle que había sido ella la que insistió en ver los programas para conocer a Cobita. La pantalla enseguida se repartió en dos; de un

lado la imagen del Robinson en primer plano, del otro datos de cada ficha personal. Milagros “Cobita” Araujo, española, 27 años, música, nadadora y experta en supervivencia. Solo tres Robinson eran chilenos; los demás, españoles o latinoamericanos nacionalizados españoles; ningún argentino ni ítaloargentino. Se autodefinían deportistas, emprendedora, atleta, caminante empedernido, padre de dos peques, *influencer*, paciente al extremo, solitario, practicante de yoga, enfermera, viudo, amante de la naturaleza, profe de educación física, espíritu libre, perseverante, piscis con ascendente en tauro, comerciante, no acepto límites, ser del cosmos, futura estudiante de medicina, estudiante de marketing, buscador de un cambio... Informaciones urgidas posiblemente ante el desconcierto de un extenso formulario a completar; arriesgar una distinción para pasar a la próxima etapa del *casting*. El proceso de selección había sido arduo. Cobita era una experta en sobrevivir, pensó Michele, no necesitaba estudios formales.

Bella pidió ver de nuevo su imagen. Soltó frases que Michele dejaba evaporarse. Que Milagros era un lindo nombre, que por qué la llamaban Cobita. Que parecía saber muy bien lo que quería. Que no le había dicho que se dedicaba a la música.

Hace instrumentos de percusión con lo que encuentra.

¿Rock? ¿Rock industrial?

De todo. Antes tocaba con unos DJ.

Es audaz, se le nota en la postura. Una mujer decidida. Parece más joven. No digo que sea una mujer mayor.

Mamma, dai, tiene cinco años más que yo.

Y qué hay, no lo digo por eso. Qué importa... No saques el *pendrive*, quiero ver cómo sigue. ¿Cuentan algo de la isla?

Hay *spots* sobre algunos temas. En el primer programa habla un especialista en la Segunda Guerra sobre las boyas ale-

manas, y un guardaparque racconta le cose de la vegetación y los animales. Y cuenta un poco cómo vivió Robinson Crusoe en la isla.

Alexander Selkirk, querrás decir. Defoe se inspiró en Selkirk para escribir *Robinson Crusoe*. La novela, destacó con ese tono de profesora que tanto fastidiaba al hijo. ¿Y nada más? Del tsunami del 2010, ¿nada? ¿Tampoco de Blanca Luz? El tsunami destruyó la hostería que ella construyó después de escribir el libro, cuando se recluyó en la isla ante el revuelo que se armó por ayudar a Kelly a fugarse de la cárcel. La hija tuvo que reconstruirla. Completa.

Lo dirán más adelante, no sé.

Fue por Blanca Luz que la isla cambió de nombre. Insistió diez años hasta conseguirlo. Era contradictoria, pero nada la detenía.

Michele asintió con desgano el sonsonete de datos que ya le había escuchado la semana anterior. Se puso de pie y clickeó para cerrar el programa. Ante la reacción de la madre, agregó: Iba a abrirte la carpeta con los emails de papá mientras desempaco mis cosas y paso por el baño.

Los leo después, ahora quiero seguir viendo el programa. Vos andá a hacer lo tuyo, dijo ante la pantalla con el primer *spot*. ¿Te quedás hasta el domingo a la noche?

No, me voy a la tarde. Quiero estar temprano en Lecce y prepararme para la semana. Espero un mensaje del trabajo que te conté. Pero no estoy mal en Domino's, soltó desde el cuarto. Y Bella lo imaginó con el bolso abierto sobre la cama distrayéndose en los recuerdos, como hacía de chico cada vez que llegaban a esa casa de fin de semana en Castro, en la punta del taco de Italia, donde Virgilio había hecho acercarse a Eneas. La maqueta con el sistema solar armada con el padre a los ocho

años, sí, y la lámpara con la nave espacial; lo único que habían logrado rescatar con Lorenzo cuatro meses atrás, cuando se enteraron de que estaba por salir de La Granja.

La Isla Robinson Crusoe, cuarenta y ocho kilómetros cuadrados de superficie y seiscientos habitantes. Parte de un archipiélago con una biodiversidad sorprendente. El mayor parque marino natural del continente. En la bahía en la que estaban las tres boyas había sido hundido en la Primera Guerra el SMS Dresden, perseguido durante semanas por buques británicos. Uno de sus marineros, Hugo Weber Fachinger, regresó a la isla años más tarde, en 1930, para radicarse. Construyó una cabaña en lo alto de una montaña. Fue el primer guardaparque. Lo llamaban “El Robinson Alemán”. Durante la Segunda Guerra crecieron las sospechas de que espiaba para Alemania conectándose con un radiotransmisor desde la cabaña. Temiendo que el Eje ocupara el archipiélago por su posición estratégica, el gobierno de Chile envió refuerzos para proteger la zona. Weber Fachinger abandonó la isla antes de que llegaran. Eso había sido en 1943, tres años después de que los alemanes diseñaran las *Rettungsboje* para utilizarlas en el Mar del Norte. Una esperanza para los aviadores derribados; en esas aguas heladas morían de hipotermia en menos de cuatro horas. Los locutores comentaban que las boyas también habían salvado a aviadores británicos. Bella pensó que era un detalle de color para compensar esa vuelta sobre la guerra que todos preferían dejar lejos.

Solo aparecían fragmentos de las Bitácoras de los Robinson, los tramos que la producción juzgaría adecuados para bosquejar el perfil de los competidores. De Cobita dejaron una parte en la que decía muerta de risa que utilizaría el premio para irse a vivir a una isla desierta. No parecía ser la mejor compañía para el hijo que acababa de terminar su tratamiento en La Granja.

El programa es muy distinto a otros del estilo, dijo alzando la voz.

No te oigo, vengo en un minuto, contestó desde el baño.

Digo que no es un típico *reality*. No sé qué dirán en España. Pero me parece raro, pienso, por las guerras, las de antes y esta de ahora con los rusos en Ucrania. Y por lo de la pandemia. Demasiado encierro.

Vengo pronto, repitió Michele dejando el baño para pasar al cuarto: La televisión española ya puso al aire seis programas. En las redes conseguí los cuatro primeros. Parece que después van a emitir menos cada semana. Los comentarios que vi son buenos, no tanto lo de los chilenos.

A ellos todavía les queda la conciencia que perdimos en Europa.

¿Sí?, replicó Michele de regreso a la sala con la cabeza cubierta por la toalla y secándose el pelo frente a la mesa: Dicen que España quiere conquistar de nuevo a la América. En uno de los *spots* un profesor cuenta que el barco del verdadero Robinson Crusoe, no el de la novela, buscaba el galeón español con el oro extraído de las minas.

Recién al quitarse la toalla de los ojos vio que la madre no estaba frente a la *laptop*, sino de pie junto al ventanal del balcón mirando hacia el mar. Tenía la mantilla envuelta al cuello y en las manos el medidor de ondas electromagnéticas.

¿Estás bien?

Sentí de golpe el aire pesado, y en efecto, hay carga. Pero estoy bien. En la semana pasó lo mismo varias veces a esta hora. No sé a causa de qué.

Dejé mi portable apagado en la caja.

El ambiente está un poco cargado. Ya pasa. Igual escuché lo que decías. De los chilenos y los españoles, destacó para convencerse

de que en todo momento estaba atenta a lo que dijera, sintiera o pensara el hijo. Y agregó: ¿Cuándo se grabaron estos programas?

Supongo que hace poco más de un mes. En febrero. Cobita se fue a Chile dos semanas antes de que papá viajara a Buenos Aires.

¿Y cuándo vuelve?

No sé, mamma, ¿a vos no te lo dijo?

Tu novia, Michele. O tu amiga, ¿cuándo retorna a Italia?

Gane o pierda tiene que estar en Chile hasta que se emita el último programa. Dicen que el *reality* va a estar en el aire hasta fines de mayo.

Mucho tiempo para una novia, no tanto para una amiga.

La casa de Castro formaba parte de un conjunto de casitas idénticas frente al olivar que alguna vez había pertenecido a la familia materna de Bella. Cuando sus padres se enteraron de que en ese terreno planeaban hacer un proyecto inmobiliario, destinaron sus ahorros de profesores jubilados para invertir en una parcela y la edificación. Una casa con dos cuartos, una sala separada de la cocina por una arcada y un balcón con vista al mar algo distante. El desarrollo del proyecto tuvo reveses y contramarchas, los padres de Bella no llegaron a verlo terminado, murieron en un estúpido accidente en Grecia (decía Bella), tan estúpido como cualquier otro (decía Lorenzo), el ómnibus en el que habían salido a una excursión desbarrancó en una pendiente. Bella y Lorenzo fueron los primeros en habitar la casa, unos pocos fines de semana antes de su casamiento, en noviembre de 1995. Entre los vecinos había entonces viejos colegas de los padres tentados por pasar su retiro en lo que había sido *Castrum Minervae*; a Bella le resultaba imposible cruzárselos sin sentir el desgarró de su pérdida. Tampoco para Lorenzo era sencillo,

Maria y Vincenzo habían sido sus profesores en Buenos Aires, en la Scuola Italiana Cristoforo Colombo, así que dejaron de ir a Castro. No eran más de treinta minutos desde Lecce, pero siempre encontraban una excusa para evitar el viaje. Iban cada tanto un par de horas solo para comprobar que la casa seguía en pie. Tardaron dos años en volver a quedarse un fin de semana completo, y pronto se les volvió una costumbre que no cambiaban por nada. Lorenzo había obtenido su primer cargo docente en el Departamento de Español de la Universidad del Salento, donde Bella avanzaba en su carrera de profesora y era reconocida por sus traducciones de literatura latinoamericana, en especial de autores rioplatenses.

Entre exámenes a corregir y preparaciones de clase, las pilas de libros y fotocopias cedieron lugar a la adquisición de los sillones para la sala, la mesa y las sillas; ya no más una tabla tendida entre libros apilados ni sentarse haciendo equilibrio sobre diccionarios. La casa se convirtió en su refugio para cada día libre en cualquier momento del año. Bella se desvivía por mantener las flores del cantero junto a la puerta de entrada, Lorenzo llevaba herramientas para arreglos de carpintería que naufragaban entre vanos intentos; el machimbre que cubría las paredes de la sala a menudo se desajustaba por la humedad. Lo demás, sin embargo, les salía muy bien, sobre todo echarse en el balcón por las noches con una copa de vino a contemplar el vuelo de la luna en el mar. Estaban seguros de que Michele había sido concebido en una de esas noches perfectas. Nada podía convencerlos de lo contrario. Bella tuvo un embarazo maravilloso (eso decía) pese a ser una madre primeriza de cuarenta años, los problemas se concentraron todos en el parto pero el doctor supo resolverlos de manera increíble (decían los dos). Fue en esa casa donde Michele dejó de temerle a la oscu-

ridad, tardó bastante más en extender su conquista al departamento de Lecce. A los cuatro años buscaba estrellas en el cielo. Le compraron un telescopio para guiarlo en sus observaciones. ¿Se convertiría en astrónomo o su interés era el origen de la vida? Biólogo entonces o astrofísico, tal vez filósofo. Michele aprendió a leer en Castro, muy temprano, con los fumetti de *Asterix* y las historietas de *Patoruzú* de la biblioteca de Maria y Vincenzo.

Un bimbo felice, repetía Bella al hablar del hijo fuera de la familia. Cuando no leía ni contemplaba el cielo, jugaba a la pelota con Lorenzo, los dos con camisetas de Independiente. Babbo me dijo que los astronautas dejaron en la luna un banderín del Rojo, se justificó ante la madre al sorprenderlo de madrugada con el telescopio en el cuarto. Una anécdota a sus seis años que Bella repitió hasta el cansancio a profesores, psicólogos y asistentes sociales en la adolescencia del hijo, y todavía no habían empezado las ausencias durante días sin saber dónde más buscarlo, ni las peleas, los robos, los empujones. Qué fue lo que hicimos mal, insistía, y Lorenzo contestaba Nada, apartando la mirada. A veces era más terminante, En nada nos equivocamos, y Bella replicaba “tutte minchiate”, alejándose a los gritos. Solo cuando perdía el control le hablaba en italiano y siempre empezaba con esa frase. Debía parecerle más potente que decir “todo es una estupidez”, aunque aquellas palabras fueran justamente las que hacían un corte fugaz con la lengua que habían decidido propia de los dos.

Pero Bella prefería rescatar momentos de los tiempos felices. Tenía la sensación de hundir las manos en la escoria hasta llegar al agua fresca. Un día emergían los disfraces inventados por Michele, otro la espada que lanzaba rayos al blandirla o sus trucos de magia envuelto en una capa negra.

¿Por qué no recordaba que era el traje de Darth Vader y la espada de un maestro Jedi? Simple, prefería los pensamientos del hijo más que sus juegos. Como esa reflexión que había hecho después de enloquecerlos durante horas con lo que podrían haber visto las estrellas en millones de años: Los olivos son como estrellas en la tierra.

Había vivido cada uno de esos momentos confiando en que se convertirían en los futuros recuerdos del hijo, y se equivocaba, al menos bastante a menudo. Cuando Michele la dejó sola frente a la pantalla con *Los Nuevos Robinson*, no se demoró con los recuerdos de infancia como ella creía, había entrado al cuarto de los padres a tocar por primera vez la jaula Faraday que cubría la cama desde el techo. Ni al tacto parecía hecha de metal, era igual al tejido de la mantilla que la madre usaba para salir de la casa. Había comenzado a dormir bajo la jaula mientras él estaba en La Granja y ya no le sería posible descansar sin su protección el resto de la vida. El 5G era la nueva norma, pese a los reclamos de Bella al Parlamento, al gobierno local, a hospitales y escuelas. SI NADIE ENCERRARÍA A UN NIÑO EN UN HORNO A MICROONDAS, ¿CUÁL ES EL BENEFICIO DE EXPONERLO A ONDAS ELECTROMAGNÉTICAS DURANTE HORAS EN LA ESCUELA? No se trataba siquiera de un fenómeno reciente, en 1997 la Unión Europea había definido al Síndrome de Electrosensibilidad como una amenaza que podría convertirse en plaga en el siglo XXI. Todas las personas sufrían las cargas, aunque solo los electrosensibles experimentaban los primeros efectos en el cuerpo: mareos, vómitos, aceleración cardíaca, calambres en las extremidades, zumbidos penetrantes, cefaleas. Efectos a corto plazo a los que posiblemente se sumarían de manera paulatina problemas cardiovasculares, afecciones cerebrales, esclerosis y cáncer.

Michele se esforzaba en seguir unos pocos de sus consejos para darle el gusto: No llevar el aparatito en los bolsillos delanteros de los pantalones; mantenerlo alejado mientras dormía; dejarlo apagado dentro de la caja forrada en papel metálico que había junto a la puerta de entrada de la casa.

Tomó coraje antes de recostarse debajo de la jaula Faraday. Aguantó unos segundos y se incorporó de un salto; tuvo la sensación de haberse inmiscuido en una escena íntima de los padres. ¿Dormirían los dos debajo de esa red? ¿Hasta cuándo el padre podría tolerarlo?